



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 42.

JUEVES 17 DE DICIEMBRE DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LAS PROVINCIAS RUSAS DEL MAR BALTICO: (Conclusion).—LA ROSA DE IVRY. (Continuacion).—VIAJE A ZANZIBAR.—LAS DOS VECINAS, por Julio Nombela.—EL COMPROMISO DE CASPE.—LOS RETRATOS DEL EMPERADOR CARLOS V.—LOS SELLOS ANTIGUOS.—EN UN ALBUM, por Manuel Valcarcel.—EL LLANTO DEL SOLTERO, soneto, por P. A. de Alarcon.—ANUNCIO.

LAS PROVINCIAS RUSAS DEL MAR BALTICO.

(CONCLUSION).

Las cercanías de Revel son en parte encantadoras y están embellecidas por posesiones elegantes y por sitios de placer que ofrecen atractivos. Los paseos preferidos por los habitantes de Riga son los jardines llamados Katharinenthal y Loewenruhe. En el primero de ellos hay una casita de recreo construida por Pedro I para su esposa y en la que aun se conservan algunos vestidos, una cama y una silla de este gran emperador. A una milla próximamente de la ciudad se hallan las ruinas del convento de Santa Brígida, que fue fundado en 1433 por el obispo Enrique de Wexkull, y en el que había al mismo tiempo monges y frailes que vivian en celdas separadas.

Las demás ciudades de Esthonia, son en general de poca importancia, y solo mencionaremos aquellas que tienen algun recuerdo histórico ó que ofrecen algun rastro de la industria siempre poco importante del país.

La ciudad mas considerable despues de Revel es Puerto-Báltico; esta ciudad se llamó en otro tiempo Roggewiek pero en el año 1762 recibió su actual nombre por un decreto imperial. Pedro I tenia intencion de hacer de ella un puerio militar, pero murió antes de concluir su obra que quedó solo en proyecto. Las emperatrices Isabel y Catalina emprendieron nuevamente este proyecto, pero despues de haber gastado en vano quince millones de rublos que sirvieron para enriquecer á los ingenieros y á otros empleados fue abandonada la obra. Puerto-Báltico tiene un pavi-

mento natural de piedra pues toda la ciudad se halla sobre un suelo de roca. Este punto no tiene actualmente importancia alguna, y sus habitantes viven únicamente del comercio y de la pesca.

La pequeña ciudad de Johannesstadt es tambien de algun interés histórico; esta poblacion debe haber sido una fortaleza de los esthonios, los que aun en la actualidad la consideran como un lugar sagrado. Las canteras próximas á la ciudad son muy productivas y los habitantes viven en general de su trabajo en ellas.

El pueblo de Habsal á doce millas próximamente de Revel es notable por su antiguo palacio arzobispal y por la hermosa catedral, en la cual predicaban alternativamente en aleman y en esthonio.

En las cercanías de la ciudad de Weissenstein se hallan muchos restos de la antigua arquitectura alemana; entre estas hay las de un antiguo castillo que el Tsar Jwan Wasieliwitch conquistó y redujo á cenizas en 1572.

Algunos otros puntos del país son mas notables que la mayor parte de las ciudades esthonias, á estos pertenece ante todo el castillo de Oberpahlen construido en 1272 y restaurado en 1760, y que se halla próximamente á diez y ocho millas de Revel. En él hubo en otro tiempo una imprenta que se trasladó despues á la universidad de Dorpat donde aun existe. Además habia allí antes una industria considerable, pues el castillo tenia aun una fundicion de cobre, una fábrica de espejos y de porcelana y dos fábricas de vidrio. Es digno de notarse tambien que en la iglesia del castillo de Oberpahlen, el altar se halla hacia el Mediodía, único ejemplo de esta clase en una iglesia cristiana.

En el territorio de la parroquia de Jewe está el campo de batalla, en el cual, cuando la guerra del Norte en el año 1704, 80,000 rusos fueron batidos por 10,000 suecos mandados por Carlos XII, y cuya batalla se llama indebidamente la batalla de Narva. No lejos de allí

está la encantadora casa de campo del poeta dramático Kotzebue, á la que dan el nombre de valle de la alegría.

Numerosas islas, algunas de bastante estension, pertenecen á la Esthonia; la mayor de ellas que es la de Dagoe, tiene 12 millas cuadradas de superficie, y pertenece á las nobles familias esthonias de Ungern-Sternberg y Stackelberg. Su poblacion, proporcionalmente numerosa, está compuesta de esthonios y de suecos que se dedican á la agricultura y á la pesca; el suelo no es muy fértil y solo en las costas está roturado; en el interior de la isla hay grandes bosques, pantanos y llanuras arenosas pobladas de muchos animales feroces. La navegacion es sumamente peligrosa á causa de los grandes escollos que hay en la orilla, por cuya razon hay ahora un fanal que advierte á los navegantes la peligrosa proximidad de la isla. En otro tiempo estaba aquí en vigor aquel derecho cruel por el cual todo lo que el mar arrojaba á las costas, incluidas las personas, pertenecia al señor del distrito y este derecho se ejercia con la mayor dureza, pero en el día ha sido completamente abolido en todas las costas rusas. Cuando naufraga un buque, están obligados los habitantes de la costa á auxiliar á la tripulacion y á salvar el cargamento, por lo cual obtienen la cuarta parte de los efectos salvados, y lo demás se guarda en los almacenes imperiales creados para este objeto, hasta que se halla el poseedor legítimo de ello.

Entre Dagoe y la tierra firme se halla la isla de Worms. Esta pertenece tambien á la familia de Stackelberg; todos sus habitantes son de origen sueco, y trabajan con buen éxito en los grandes depósitos de cal de la isla.

Antes de terminar esta descripcion de las provincias rusas del mar Báltico, séanos permitido añadir algunas palabras con respecto á su situacion política actual, así como con respecto á su posicion relativamente á Alemania y á Rusia.

Ante todo vemos desde su principio ahogada la vida política en aquellos países; por todas

partes encontramos el estado político mas contrario á la naturaleza. Mientras en otros países conquistados los diversos elementos contrarios se aproximan y con el transcurso del tiempo se amalgaman y forman un todo compacto, á que se encuentran divididos despues de seis siglos. Los conquistadores y los sometidos, se tienen tanta aversion como se tenían cuando los alemanes se posesionaron de estos países. ¿De qué dimana esta situación tan contraria á lo natural y de que apenas hay otro ejemplo en la historia? ¿Son ambas nacionalidades tan opuestas que sea imposible una union entre ellas? Ciertamente no; échese una mirada en la historia y se verá que cada vez que un pueblo político ha estado en guerra con otro aun salvaje, este último vencido ó vencedor, ha adoptado la civilización del primero y muchas veces se ha disuelto en él por decirlo así. Pon-gamos como un ejemplo muy evidente de ello los actuales lombardos: ¿no se han disuelto completamente en la población italiana? ¿Se halla acaso entre ellos el mas leve vestigio del carácter de aquellos feroces longobardos que conducidos por Alboino conquistaron la Galla cisalpina? O para citar otro ejemplo, ¿los descendientes de las antiguas razas slavas que habitaban los margraviados de Misnia y Brandeburgo y que fueron sometidos por los alemanes que estaban mas civilizados que ellas, no son tan alemanes en el día como los de Suabia ó de Franconia? Pero la razon de no poderse formar jamás en las provincias rusas del Báltico, una clase media libre, un estado social regular, á pesar de la introduccion del elemento alemán, consiste en que estos países no han sido conquistados por el pueblo alemán sino por la nobleza de Alemania. En ninguna parte podia desarrollarse su egoismo de un modo mas rudo y llegar á mayor altura que en aquellos países del Báltico, donde una casta privilegiada podia dominar de una manera ilimitada, donde no hay un soberano que se oponga á esta arrogancia como sucede en Alemania y principalmente en Francia. ¿Cuáles son las consecuencias de esta anarquía alimentada por espacio de seis siglos? Los orgullosos dominadores que han desconocido su verdadero interés, han llegado á ser domados y tienen que doblegarse bajo el poder de un pueblo enemigo de Alemania y que se halla muy distante del pueblo alemán en lo que respecta á su civilización. Una gran parte de los privilegios sellados con la sangre y las lágrimas de un pueblo desgraciado, se ha perdido ya, y los que restan dependen únicamente de la voluntad del autócrata de todas las Rusias. Si los nobles de Curlandia, Livonia y Esthonia hubiesen atraído hacia sí sus siervos, como lo han hecho sus hermanos de Prusia; si con las cadenas de la esclavitud los hubieran dado la lengua y la civilización germánica y no los hubieran rechazado violentamente, jamás hubieran tenido que sufrir la dominación de un pueblo extranjero. ¿Deberán quejarse si tienen una suerte igual á la que han preparado á los letones y á los esthonianos? ¿Deberán quejarse si ahora se hallan ligados al suelo en que viven y solo pueden abandonarle temporalmente con una autorización de su señor y soberano, lo que de hecho significa que están *glebae adscripti*? En manos de la nobleza está el hacer que las provincias bálticas se vuelvan hacia la Alemania; la nobleza ha podido hacer alemanes á estos países y lo ha descuidado desdenosamente. En el día se llaman alemanes estas provincias, pero es injustamente, porque no lo son de modo alguno, ni lo serán ya jamás. La nobleza particularmente en Esthonia, se ha separado de la madre patria, previendo con razon, que el progreso lento, pero por la misma razon mas seguro, del pueblo alemán, destruiria bien pronto todos sus privilegios y ha preferido someterse á un soberano extranjero para salvarlos. Es doloroso en efecto para un corazón alemán que tantos millares de hermanos esten separados para siempre de la patria. La parte mas prudente de la nobleza de estas provincias, reconoce la injusticia come-

tida por sus antepasados y abandonaria gustosa á costa de cualquier sacrificio la conducta seguida durante siglos, si no conociera que se halla en una minoría demasiado insignificante y que se opone á ello la relacion de dependencia en que se hallan las provincias bálticas con respecto á la Rusia. Sin embargo, aun sería posible, hacer que estos hermosos países volvieran á Alemania y si se pensara en ello, no habia que hacer mas que germanizar á los letones y á los esthonianos, lo cual no sería difícil, con respecto á los primeros, puesto que solo la violencia les ha impedido el que usaran la lengua alemana y adoptaran la civilización del país germánico. Es verdad que los privilegios de la nobleza caerian en ese caso con el tiempo, pero estos caerán de todos modos mas pronto ó mas tarde y véase de que manera sería mejor el perderlos.

FIN.

LA ROSA DE IVRY.

(CONTINUACION.)

Habia tal decision en estas últimas palabras que permaneció el soldado lleno de sorpresa y de espanto. Vió que aquello no era una amenaza vana; se estremeció al pensar que podia ser causa de la muerte de una pobre jóven, á quien habia llevado alegremente hasta el borde del abismo. No sabia qué partido tomar, cuando añadió ella:

—Bien sé lo que os hace vacilar: sois ambicioso y no queréis unir vuestro porvenir al de una pobre aldeana que creéis sin apoyo y sin protectores. Pero desengañaos; no estoy sola en el mundo, y si desprecias la venganza de mi hermano, hay otra persona que tendrá para vos mas crédito y que podrá, si se lo pido, obligar á un soldado de Real-Normandía á cumplir su palabra; esa persona es rica y poderosa, esa persona es mi madrina y se llama la marquesa de Vauvillers.

¿Habia calculado Enriqueta el efecto que debia producir en el ánimo de Dionisio ese nombre que ya le habia hecho temblar? Si por acaso algunas sospechas se habian apoderado el día anterior de su alma, el recuerdo de la bondad y de las virtudes de su madrina las habian en breve disipado. Mas quizá sin premeditada intencion se valia de ese nombre, como de su último recurso en los días de peligro. De todos modos consiguió como por encanto su objeto. Dionisio estaba á su vez inquieto y suplicante.

—Querida mía, le dijo con dulzura, calma-te, yo te lo ruego.

—¿Hareis lo que deseo?

—Te lo prometo... mas tarde... pronto...

—No, al momento; porque si no, me volveréis á engañar, y ya os lo he dicho, me moriría. Pero antes de morir, la marquesa de Vauvillers...

—¿Enriqueta!... dijo él poniéndole la mano en la boca como para impedir que repitiera aquel nombre.

—¿Consentís, pues?... ¡Al fin!

Y para no darle tiempo á nuevos pretestos, corrió á la puerta de la cabaña, llamó á Vicente, y cogiéndole la mano lo llevó sin decirle nada á donde estaba Dionisio, que durante tan rápida escena no habia aun vuelto de su turbación y de su ansiedad.

—¿Qué pasa? decía Vicente. ¿Quiere todavía marcharse el señor Dionisio?

—Al contrario, se queda, contestó la jóven con alegría; se queda y se casa conmigo.

—¿Qué?... Dices que... ¿Has perdido la cabeza?

—Pregúntaselo, tú.

Vicente se volvió hacia Dionisio, que permaneció impassible.

—Decidle, decidle, prosiguió Enriqueta, lo que me repetíais hace un momento... Me amais hace dos meses; teneis celos de Jorge y hace un instante me pedíais por favor que no acompañara á mi hermano á casa de mi madrina.

—¿Es cierto? preguntó Vicente.

Dionisio, en quien volvía á ejercer su influencia el talisman de Enriqueta, respondió afirmativamente.

—¡Vaya! prosiguió Vicente, hé ahí un amor que nunca hubiera yo previsto. El señor Entendido no ha robado su nombre. ¿Pero ese pobre Jorge que viene á propósito?...

—Yo amo á Dionisio, se apresuró á decir Enriqueta.

Muchas cosas habia que contestar á la declaración de la jóven, y es probable que Vicente no hubiera dado tan de barato las esperanzas de Jorge, que él mismo habia alimentado, si un sentimiento secretamente encerrado en el fondo de su corazón no hubiese dirigido sus resoluciones. No tan solo se contentó con la sencilla afirmación del soldado, sino que creyó además oportuno apoyar las manifestaciones de su hermana.

—Pues bien, dijo, puesto que estais de acuerdo, no tengo necesidad de añadir que no hay que perder tiempo, si queréis casaros antes que el señor se marche.

—No puede ser, objetó Dionisio. Se necesita el permiso...

—¡Oh! ya lo sé; como en mis tiempos, se necesita la autorización del coronel. Pero si no es mas que esto, tenemos protectores y nos valdremos de ellos. Entre tanto, me parece que podríamos hacer estender el contrato. No quedará mas que la iglesia, y eso se hará cuando volvais. ¿No os parece bien?

Hacia un instante que Dionisio habia sacrificado su libre albedrío, y ya presentaba la cabeza como una víctima resignada. Vicente hizo como que tomaba su silencio por un consentimiento, y en aquel momento iba á marcharse á casa del notario de Ivry, cuando por entre los árboles del jardín apareció un viejo pequeño y seco, vestido de negro. Era el señor Quesnel en persona.

V.

LA SUSTITUCION.

El personaje que acababa de entrar en escena y que mas adelante desempeñará un papel importante en nuestra historia, era, en su estado de notario real, uno de los principales habitantes del pueblo de Ivry. Como desde hacia treinta años no habia muchas leguas á la redonda, ni casamientos, ni ventas, ni testamentos que no se hicieran forzadamente por su mano, estaba considerado como el depositario general de los secretos de todas las familias, por cuya razon le recibían todos con temor y respeto; mas en el fondo nadie quería al señor Quesnel; se le acusaba por lo bajo de dureza y de rigor para con sus numerosos clientes; se decía que no pensaba mas que en la ganancia y hasta se aseguraba que á pesar de sus suaves y melosas apariencias habia matado á su mujer á fuerza de disgustos.

Sin detenernos á averiguar el fundamento de semejante acusación, damos por cierto que el señor Quesnel no ejercía siempre su ministerio de una manera enteramente íntegra y desinteresada. Acechando sin cesar la astucia instintiva de los aldeanos normandos, parecia estar obligado á sostener contra ellos una lucha continua de desconfianza y de destreza. Y sin embargo, las módicas ganancias de su estudio no eran mas que una débil compensación en semejante gasto de intrigas mezquinas. Escasamente llegaba cada año, deducidos gastos, segun su misma espresión, á juntar los dos estremos.

Iba, pues, en busca de Vicente, la mano apoyada en un baston con puño de marfil, y con su eterna sonrisa irónica en los labios. Al llegar á la mitad del jardín, levantó ligeramente el tricordio de fieltro negro para saludar á las otras dos personas que formaban el grupo, y gritó buenamente al obrero:

—¿No me esperabas, holgazan? Es menester que yo mismo te venga á buscar; hace ya dos días que tienes abandonada mi casa y que

ins maldit:s andamios quitan sin provecho la luz á mi estudio y á mi alcoba.

—Ya veis, señor Quesnel, cuando sobrevienen negocios imprevistos...

—Tus negocios consisten en acabar el trabajo que has principiado, porque si no me veré obligado á quitarte, á pesar mio, la tercera parte de la cantidad que habíamos tratado.

—Pues bien, rebajad el todo, si os parece bien, con la sola condicion de que me prestareis al momento la ayuda de vuestro ministerio.

—¿Cómo! ¿Te marchas por acaso de aquí y quieres vender tu cabaña?

—No es precisamente eso... Se trata de un contrato de casamiento.

El señor Quesnel echó una mirada astuta á la jóven.

—¡Ah! ¡ah! ¿te decides por fin á casar á esta hermosa niña? Y aun no me habias dicho una palabra sobre el particular.

—Se ha arreglado tan pronto... Iba á vuestra casa á anunciaros tan buena noticia, rogándoos á la vez que pusiérais manos á la obra.

—Parece que corre prisa, replicó el notario echando otra mirada á Enriqueta y á Dionisio con una espresion casi burlona.

—Así sucede, le respondió secamente Vicente. Todos tenemos aquí prisa.

—El negocio se despachará en un momento, porque supongo que los bienes aportados no alargarán el contrato.

—Pondreis que doy esta casa á la futura Enriqueta Cousin; en cuanto al marido...

—Es preciso saber antes sus nombres, apellidos, oficio...

—¿Pues qué?... aun no os he dicho que es...

—Es un sargento de Real-Normandía que se llama Jorge Dupuis, alias la Oriflama, exclamó alegremente Jorge que habia estado acechando esta escena, de la cual no habia oido mas que las últimas palabras.

—¿Jorge Dupuis?... un paisano nuestro, dijo el notario al conocerlo.

—Dispensad, señor Quesnel, prosiguió friamente Vicente, el futuro es un soldado de Real-Normandía, que se llama Dionisio Duval.

—¿Dionisio Duval! exclamó el pobre Jorge; ¡Dionisio Duval!... es imposible... te equivocas, Vicente... ayer mismo me diste palabra...

—Con una condicion, contestó el hermano de Enriqueta, á quien apenaban estas esplicaciones; de que mi hermana te amara bastante para acceder al casamiento, y ella no te ama.

—¿Es verdad? dijo Jorge estupefacto volviéndose hácia la que él creia su novia. ¿No me amais?...

La jóven bajó los ojos sin contestar.

—¿Y os vais á casar con él? añadió señalando á Dionisio... ¿Con que no sabeis?...

El soldado quiso en vano detenerle con una mirada. Jorge, en medio de su dolorosa sorpresa, no veia nada, no oia nada, y continuó sin vacilar:

—¡Enriqueta, no podeis casaros con mi coronel!

—¡Su coronel!... Esclamaron á la vez todos los personajes de esta escena, recibiendo cada uno diversa impresion.

—Sí, es mi coronel, prosiguió Jorge, el señor conde de Tournil.

Al oír semejante revelacion, lanzó Enriqueta un grito, vaciló y Dionisio se adelantó á sostenerla; pero más pronto que él, Vicente habia recibido á su hermana en sus brazos, y con un gesto le indicó que no se acercara.

—Es decir, monseñor, le dijo cuando se cercioró de que el desmayo de su hermana no era de peligro, ¿que nos engañabais á todos?

—Era necesario, contestó Dionisio ó mas bien el conde de Tournil, que habia recobrado toda su serenidad; era necesario para mi seguridad, porque si el nombre que habia tomado era mentira, mi desafío era una realidad; Jorge lo puede decir.

—Es verdad, prosiguió el sargento que iba conociendo cuál era su posicion.

—Pero ¿por qué habernos dejado creer en ese casamiento? dijo Vicente. ¿Por qué habeis dado hace un momento la promesa?...

—Promesa... que tenia intencion de cumplir.

La respuesta del conde hizo sonreír con cierta incredulidad al notario; Jorge, en medio de su turbacion, intentaba definir el aire de sinceridad y de conviccion impreso en todas las facciones de su coronel. En cuanto á Vicente, impasible y regulando su sangre fria por la del conde, no dejaba ver la apariencia de una lucha misteriosamente emprendida por él, pobre obrero, contra un señor tan poderoso. Tomó á ta en secreto de la confesion que habia hecho su adversario, y sin darle tiempo para reponerse, añadió lentamente.

—¿Y ahora, señor conde?...

—Ahora, exclamó Enriqueta que habia recobrado rápidamente el uso de sus sentidos, ahora nada se ha cambiado aquí, y Dionisio sabe bien que es menester que yo sea tu mujer.

—¡Oh! ¡qué locura! dijo sonriendo con ironía el astuto notario.

—Sí, prosiguió con impetuosidad la jóven, porque vos no sois para mí mas que Dionisio, Dionisio que ha jurado por la santa cruz de ser mi marido; y soldado ó gran señor, Dionisio no puede tener mas que una palabra. Mas ya sabeis que no es vuestra fortuna lo que yo quiero; no son vuestros títulos, ni vuestro rango, sino vuestra mano; y si para obtenerla es menester que pida auxilio á mi madrina la marquesa de Vauvillers...

—¡Monseñor! exclamó el notario, dispensad á la pobre jóven, ha perdido la cabeza.

—Nada de eso, replicó el conde despues de haber reprimido una contraccion nerviosa casi imperceptible. Esta pobre jóven tiene razon: he jurado sobre la cruz, y gran señor ó soldado, el conde de Tournil no tiene en efecto mas que una palabra. Id á estender el contrato.

—¿Cómo! ¡semejante casamiento!... ¡Oh! dispensadme, monseñor, olvidaba que no hay ya desigualdad en los casamientos desde que nuestro muy querido rey se ha dignado elevar hasta él á una artesana, mujer legítima hoy dia de un conde como vos.

—Está bien, interrumpió bruscamente el conde, cumplid con vuestra obligacion...

—Gracias á Dios, murmuró entre dientes Vicente, que durante esta escena no habia perdido ni uno de los movimientos secretos del conde.

Jorge, por su parte, sin comprender aun bien lo que veia ni lo que oia, no sabia si estaba bajo la influencia de un sueño. Cuando vió que el notario se alejaba con su amigo, quiso hablar, pero la lengua se le trabó, y tan solo pudo articular á media voz:

—¡Con que todo ha concluido! ¡Ya no hay esperanza!... ¿Y he de ser testigo de su felicidad?... ¡No, nunca!... Ya que mi presencia nada puede impedir, prefiero marcharme al momento.

Y sin que nadie pensara en detenerlo, entró en la cabaña á coger su mochila.

Enriqueta, sin embargo, no habia podido ver su dolor sin emocion; mientras habia reanimado su valor el pensamiento de que cumplia con su deber, se habia concentrado en sí misma; pero en cuanto tan imperiosa necesidad estuvo satisfecha, volvió los ojos hácia el desgraciado Jorge, y aprovechándose del momento en que su hermano iba á despedir al notario, haciéndole sus últimos encargos, corrió, atormentada por los mas dolorosos presentimientos, á ocultar en el fondo del jardin su terror y sus lágrimas.

El conde quedó solo, y saliendo por fin de su angustiosa posicion, la siguió con la vista haciendo un movimiento de hombros; y despues de haberse bien cerciorado de que la fastidiosa vigilancia de que era continuamente objeto, habia cesado, atravesó rápidamente el umbral de la cabaña y se halló frente á frente con el sargento.

—¿Con que vas á partir? le dijo.

—Es preciso, contestó Jorge con tristeza, puesto que os casais con mi futura. ¡Buena idea he tenido al decirles quién sois! ¡Qué bien me ha salido!

—Has dado un buen golpe. Felizmente todo puede aun enmendarse.

—Os estais burlando, mi coronel. Cuando vos, rico y poderoso señor, habeis consentido en casaros con una pobre jóven, hermana de un aldeano, es porque la amais...

—¿Quién sabe? quizá no sea eso motivo...

—¿Qué quereis decir? dijo súbitamente Jorge dejando caer el tricordio.

—Quiero decir que todo esto es como una fatalidad. Hace dos meses que estoy en esta cabaña; la costumbre de estar juntos siempre... Una jóven cuyo corazon es tan móvil como el pensamiento... Yo nada he hecho con semejante intencion, te lo aseguro... pero la niña ha adivinado al coronel en el soldado.

—Ahora comprendo... no es al soldado á quien ama, hace un momento me lo ha probado. ¿Pero vos?...

—En cuanto á mí, lo confieso, he hecho mal al hablarle de amores, dejándole creer que participaba de su loca pasion. ¡Qué quieres amigo! la inaccion, el fastidio, el encanto de la novedad... ¡Oh! no puedes tú comprender todo esto... luego, yo ignoraba que te hubiera hecho una promesa anterior.

—¿Con que no la amais? exclamó Jorge que en medio de todas estas frases cortadas, queria encontrar alguna verdad consoladora ó cruel.

—No digo eso, replicó vivamente el conde; un sentimiento tan verdadero y tan sencillo acaba siempre por conmovér el corazon mas frio é indiferente; pero há poco, despues de haber dado mi palabra á Vicente, he reflexionado... sí... tu dolor me ha abierto los ojos y he resuelto reparar el daño que involuntariamente te he causado.

—¿Es posible? ¿Vais á deshacer ese casamiento?...

—¡Imposible! ¿Qué diria ella?... Y además, su hermano que de seguro no ve en esta union ridícula mas que mi rango y mis riquezas...

—No lo creais... Vicente es incapaz...

—En fin, eso no importa... el casamiento se verificará, y á la vista de todos, el conde de Tournil será esposo de Enriqueta Cousin; pero en realidad Enriqueta Cousin será la mujer de Jorge Dupuis.

—¡Mi mujer!...

—¿Qué temes? ¿Que ya no te ame? Que se case contigo y el amor vendrá despues.

—¡Por supuesto! prosiguió el sargento que inútilmente se esforzaba por comprender; siempre se ama á su marido, la ley lo manda. Ahí no está la dificultad; pero ¿cómo será mi mujer sin quererlo ella?

—Préstame mucha atencion... En el contrato que vamos á firmar dentro de poco, se sustituirá mi nombre con el tuyo, mientras yo firmaré en tu lugar.

—¡Oh! dijo Jorge con gran sorpresa, me parece que me proponéis una cosa...

—Que es muy sencilla... ¿no comprendes?...

—Por ejemplo, se leerá á Enriqueta un contrato por fórmula, y yo seré realmente el marido, mientras vos, con quien ella creará casarse...

—No seré mas que el testigo.

—¿Pero el notario?...

—¿El notario? prosiguió el conde con acento significativo, yo me encargo de él.

—Estais tentador... y ya que respondeis del buen éxito... Pero si Enriqueta reclamara...

—¡Contra mí! no puede ser... Despues de haber firmado, pretestaré un negocio, partiré, y solamente al cabo de algunos dias, cuando principien á acostumbrarse á mi ausencia, descubrirás tú la verdad; hasta entonces, punto en boca...

—Seré mudo como un pez... nunca olvidaré, mi coronel, lo que haceis por mí... enseñaré á toda mi familia á bendeciros; mis hijos os considerarán como á su padre.

—En cuanto á tu fortuna, yo me encargo de ella.

—¡La fortuna!... yo no quiero mas que el amor de Enriqueta y la amaré tanto que tendrá que olvidarnos... Sin embargo, no hago bien en desbaratarle un casamiento tan bueno...

—¿Crees, pues, que se casa conmigo por cálculo?

—¡Ella!... nunca...

—Entonces déjame obrar y prepárate á ser el feliz marido de la hermosa Enriqueta, de la Rosa de Ivry.

Al decir estas palabras, salió el conde de la cabaña y tomó dando mil rodeos el camino del pueblo. Jorge, aturdido aun de la estraña proposicion de su coronel, permanecía como petrificado en el mismo sitio, cuando Vicente se presentó ante él y le dijo:

—Ya no piensas dejarnos; tanto mejor; así me ahorraré muchas palabras, pues venia á unir mis instancias á las de tu coronel que, segun parece, con una sola pa'abra te ha decidido.

—En efecto, prosiguió Jorge bastante turbado. Ya comprendes que un coronel... cuando manda... tu que has sido soldado, sabes...

—Cierto... Pero este no es como los demás; es, sin embargo, un buen hombre, y voy ahora mismo á darle las gracias.

—Es inútil, ha salido.

—¿A dónde ha ido?

—¿Qué sé yo?... quizá á preparar su marcha; porque ya sabes que se marcha hoy por algunos dias...

—Sí... á causa de su desafío, que está ya perdonado. Una razon mas para apresurar el contrato, y voy...

—¿A dónde?

—A avisar á los testigos; no quiero proponerte que lo seas tú...

—¿Por qué? Dijo vivamente Jorge; ya he



Sello de doña Isabel la Católica.

tomado mi resolución y lo seré con mucho gusto.

—¡Cómo! añadió Vicente, echándole una mirada escudriñadora; ¡pues bien, sea!... hasta la vista, amigo mio...

—Y rápido como el rayo, subió la escalera de la cabaña, entró en su cuarto y cogió en un cajon un objeto que ocultó bajo su chaqueta. Pocos momentos despues, se dirigia tambien á Ivry.

(Se continuará.)

VIAJE Á ZANZIBAR.

Llegamos á Zanzibar en los últimos dias de la fiesta llamada por los árabes Aid-el-feteur

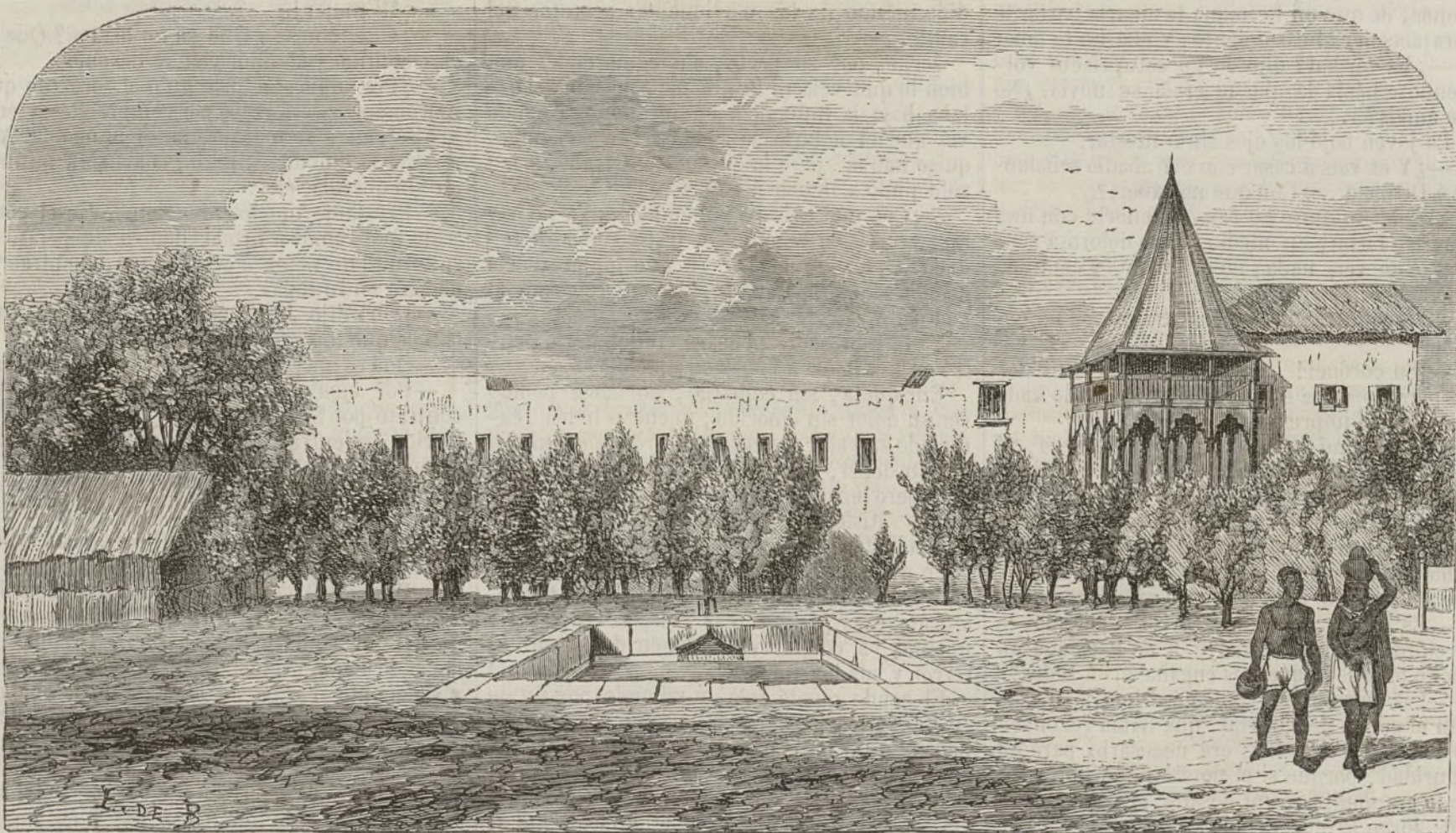
(fiesta de la conclusion del ayuno) y por los souahili Si-concouhouia-aidi (1). Además al tercer dia que la luna de Choual hace brillar su plateado disco á los ojos de los creyentes, todos los goces materiales reemplazan al ayuno y á las prácticas austeras del ramazan. Cada uno se adorna con sus mas bellos vestidos; se reunen y se felicitan; en todas artes se nota la mas viva alegría, y los placeres y festines son llevados al extremo por todas las clases del pueblo, compensando así durante los primeros dias de Choual, las privaciones del mes anterior. Acaeció ser este año la fiesta en época en que un gran número de barcos estacionan en el puerto de Zanzibar, de manera que á las manifestaciones alegres de la poblacion, á los cantos y á las danzas de los grupos reunidos en la playa, respondian los gritos de los marineros, acompañados por el tamtam de cada uno de los barcos que estaban anclados.

No podíamos hacer el saludo acostumbrado con mas oportunidad y por una salva de veinte cañonazos, dirigida, segun cos-

tumbre al pabellon del sulta, el *Duconedic* pareció tomar parte en la solemnidad del dia. La fragata *Chahalleum* nos devolvió inmediatamente el saludo.

Mis primeras miradas al descubrir la ciudad, se dirigieron hácia la habitacion del cónsul de Francia Mr. Broquant, y viendo flotar en ella el pabellon francés, me aseguré, sino completamente de la salud de nuestro agente, á lo menos de no ser cierta la triste noticia de su muerte que me habian anunciado en Borbon. Así que echamos el ancla, envié un oficial á saludar en mi nombre á este funcionario y

(1) Los árabes designan esta fiesta con el nombre de Aid-es-serir (fiesta pequeña). Es la que los turcos llaman el Beiram Kuehuk (pequeño Beiram).



Viaje á Zanzibar.—Casa de campo del sultan.

remitirle un pliego dirigido al sultan por el jefe de la estacion naval. Uní á éste una carta, en la cual, al presentar mis respetos á S. A., le pedia el favor de ser recibido por él con mi estado mayor. Interin el mensajero iba á tierra Mr. Broquant me escribia por su parte, noticiándome que Syed-Said estaba en este momento en su palacio, pero que debia volver á la mañana siguiente á su residencia de M'oni. En consecuencia me suplicaba que en el caso que

tuviese el deseo de hacer aquella misma tarde una visita á S. A., le escribiese para que éste estuviera prevenido y señalase hora. Habiendo llenado ya esta formalidad, no me quedaba sino dar gracias á nuestro agente por su atenta comunicacion y aguardar el resultado de mi carta: por lo demás el dia concluia y la hora me parecia poco conveniente para una visita de llegada. En efecto, la audiencia fue diferida por el sultan hasta el dia siguiente.

Una noche magnífica siguió á este dia: solamente la atmósfera saturada de ligeros vapores de la tierra, los depositaba en rocío sobre su superficie refrescada. Para preservarnos de sus perniciosos efectos hice poner la gran tienda desde la caída de la tarde, hasta el dia siguiente. En la madrugada de éste vino un barco de tierra y abordó el bergantin; traía siete cabritos, un cordero y muchas cestas de naranjas, bananas y batatas dulces. Este era un presente



El emperador Carlos V.

de bien venida que nos enviaba el soberano del pais. La persona que habia sido encargada de traerlo, me hizo de su parte los cumplimientos acostumbrados, y me notició que S. A. me recibiría á las nueve de la mañana.

A la hora señalada fuí á tierra con Mr. Loarer, agente del ministerio de Comercio, el intérprete de la mision Mr. Vignard y una parte del estado mayor del bergantin. Llegamos delante del palacio, donde se hallaban un gran número de personas, las unas del servicio del sultan, las otras atraídas por la curiosidad que escitaba nuestra calidad de extranjeros y la ceremoniosa recepcion que iba á verificarse.

Apenas habíamos desembarcado cuando apareció el sultan á la puerta de su palacio, seguido de muchos de sus hijos y de sus oficiales superiores. Al acercarnos bajó algunos escalones que separan la puerta del suelo y nos acogió de una manera cordial y digna á la vez.

Pocas personas hay que reúnan á la magestad de la estatura del sultan Said la nobleza de la fisonomía y la perfecta gracia del ademan. Al homenaje de mi respeto que le hice por me-

dio de mi intérprete, respondió manifestándome el placer de verme otra vez en su pais. Despues dió afectuosamente la mano á cada uno de los nueve oficiales que me acompañaban; y toda esta ceremonia se verificó fuera del palacio, en tanto que descargaba sobre nuestras cabezas, no protegidas, como la suya, por un espeso y ancho turbante, sino al contrario, respetuosamente descubiertas, una tempestad que habia empezado en el momento de nuestro desembarque. Sin embargo, el sultan no haciendo caso del baño que nos hacia tomar, como si se tratase de las abluciones de agua de rosa, con que los orientales obsequian á sus visitantes, no nos dispensó minuciosidad alguna de la ceremonia.

Entramos por fin, no precedidos, sino seguidos por el príncipe, honor bastante embarazoso para un extranjero, porque no conociendo las entradas de la casa, no sabe dónde dirigirse, ni por qué puerta entrar de las que encuentra abiertas á su paso. Pero yo que en mis anteriores viajes á Zanzibar habia tenido ocasion de conocer la distribucion interior de este palacio,

donde habia sido recibido muchas veces, me dirigí hácia la sala de recepcion, situada en el piso bajo y abrí, al lado derecho del ancho vestíbulo que sigue, la puerta de entrada. El sultan, sus hijos y el gobernador de la ciudad Syed-Seliman entraron en la sala, solos con nosotros, y la comitiva del príncipe quedó en el vestíbulo. Despues de habernos mandado sentar el sultan, preguntó por la salud del rey de los franceses y de la familia real, alegrándose de las noticias que yo le daba.

Poco despues, nos fue servido el café: la preparacion de éste y las tazas que lo contenian, eran conforme al uso del Oriente; solo una cucharilla, introducida en cada taza, y destinada á facilitar la disolucion del azúcar-piedra que se habia puesto en ellas manifestaba una concesion política hecha á nuestras costumbres. Los sorbetes de rosa siguieron al café, pero ni el sultan ni nadie de los que estaban con él tomaron parte en esta doble libacion. Terminado el refresco, y despues de dar las gracias á su alteza por la benevolencia con que siempre se habia dignado honrarne, terminó la audiencia. Vol-

vimos á ser conducidos por el sultan hasta el final de la escalera exterior, donde cada uno de nosotros recibió de él un nuevo apretón de manos. Nuestro intérprete, Mr. Vignard, detenido un instante por S. A., fue encargado de trasmitirme la invitación de ir á comer á los dos días con mi estado mayor á la posesión de M'toni.

Aunque llegamos á Zanzibar en buena estación, era necesario sin embargo no descuidar precaución higiénica alguna, en estas comarcas insalubres, con cuyo objeto tomé las medidas necesarias para que la tripulación tuviese dos comidas diarias de carne fresca ó de pescado, y además hice comprar para los enfermos aves, huevos y leche. El sultan me proveyó de buena voluntad en esta ocasión, porque desde que llegamos, las remesas de frutas y legumbres á bordo del bergantin, continuaron por su parte durante nuestra permanencia. Además de los cuidados en el régimen alimenticio, ordené que todos los trabajos fuertes, tales como la provision de agua y arena y la limpieza del buque, fuesen hechos por los marineros malgachos (*) embarcados en Borbon y que ningún trabajo se hiciese en la arboladura del barco desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. Al mismo tiempo que partía la lancha al anochecer para traer las personas que estaban en tierra, un reverbero colocado en lo alto de un mástil, avisaba á estas viniesen hacia la playa, á fin de que llegasen á ella á la vez que la lancha; esto era con el objeto de que esta última no se detuviese en la orilla, porque en la baja marea se exhalan miasmas inficionados. Esta precaución era supérflua durante el día, porque las capas inferiores de la atmósfera son renovadas continuamente por las frescas brisas que soplan. También arreglé el servicio de la noche, de modo que la mitad de la tripulación tuviese una enteramente descansada; cada servicio estaba dividido en cuatro secciones, que se repartían las once horas que pasaban de un zafarrancho á otro. En fin, la ropa de noche era camisa de lana y pantalon de paño.

Debo decir que el buque quedaba entoldado sujetándose el toldo al palo mayor, desde el anochecer hasta la mañana siguiente.

Yo hubiera deseado aprovechar mi estancia en Zanzibar, para levantar el plano de la rada y de los muchos canales que confluyen allí; pero como el tiempo que calculaba poder detenerme no hubiera bastado para un trabajo semejante y hasta cierto punto innecesario, por estar comprendido este plano en los trabajos hidrográficos del capitán Owen, me limité á hacer sondear los principales de estos canales y buscar las alineaciones propias, para hacer fácil su navegación á los buques que llegasen por primera vez á Zanzibar.

He dicho anteriormente que el sultan nos habia hecho el honor de convidarnos á comer. El día fijado para este convite fui á M'toni, acompañado de todas las personas de mi estado mayor, cuyo servicio no era necesario á bordo; sabia que estaban preparados diez cubiertos y que S. A. tendria una satisfaccion en ver ocupados todos ellos.

La posesión de M'toni está situada cerca de la orilla del mar, una legua corta de la ciudad al Nordeste casi Este de esta misma á orillas de un riachuelo. Ha tomado su nombre de esta última circunstancia: en efecto, M'to en el idioma souaheli significa riachuelo, y añadiendo á esta palabra la partícula *ni* (allí ó hay) los indígenas han hecho el nombre de la habitación campestre del sultan. No hay que buscar en esta régia posesión, riqueza ni elegancia respecto del arte: debe todo su encanto y su belleza á su situación pintoresca y á la fresca sombra que proyectan los preciosos bosquecillos de que está rodeada. El principal cuerpo de la casa consiste en un largo edificio con azotea que no tiene mas que un piso, éste está dominado por un kiosco, construido delante de la fachada que mira al mar, cerca de la puerta principal. A derecha y á izquierda hay al-

gunas dependencias de aspecto miserable. Pero si la mano del hombre no ha contribuido en nada á embellecer este apacible retiro, donde el anciano Said pasa cuatro días á la semana, en cambio la naturaleza le ha prodigado todos los adornos que la abundante vegetación de los trópicos puede producir para recrear la vista. Magníficos naranjos, espesos nopales, árboles del c'avo y de nuez moscada, forman alrededor de esta masa de mampostería un verde y perfumado anillo con el cual no se nota tanto su tosca y desagradable forma, y vista así al través de esta espesa cortina de follaje, con calados y tintas tan variadas, la posesión de M'toni no deja de ofrecer una perspectiva bastante risueña.

(Se continuará.)

LAS DOS VECINAS.

Juana Pinto y Pepa Perez
Se conocieron solteras:
Juana casó con un pobre,
Con un rico casó Pepa;
Y Pepa se llamó doña
Y su amiga Juana á secas.

Las dos siguieron su suerte
Aunque en distintas esferas:
Esta vivió muy humilde,
Con esplendidez aquella:
Juana trabajando siempre
Y ociosa doña Josefa.

La primera tuvo un hijo,
La segunda dos gemelas
Y así pasaron el tiempo
Hasta que quiso su estrella
Para ejemplo de las gentes
Que las dos vecinas fueran.

Pepa perdió su marido
Y lo que es mas su riqueza,
Porque el tal dejó á su muerte
Muy embrolladas sus cuentas
Resultando al ajustarlas
En vez de ganancias, pérdidas.

Pero la viuda no quiso
Manifestar su pobreza
Y Dios sabe con qué angustia
Continuó haciendo comedia.
Sus dos hijas se educaron
Lo mismo que dos marquesas
Mientras que su pobre madre
Pasaba la noche en vela
Trabajando ocultamente
Para que nadie la viera.

En tanto Juana y su hijo
Marchaban por otra senda.
El chico era carpintero,
No usaba mas que chaqueta,
Trabajaba todo el día,
Santificaba las fiestas,
Y aunque pobre, con su madre
Gozaba una dicha inmensa.

Corrieron años tras años,
Y como siempre las deudas
Se pagan en este mundo,
La buena doña Josefa
Tuvo que pagar las suyas,
Y no bastando sus fuerzas
Para seguir adelante

Al fin se presentó en quiebra,
Y sus muebles y sus ga'as,
Y lo que es mas su vergüenza
En subasta se vendieron
Con gran placer de las lenguas
Que en murmurar se complacen
De todo el que cae á tierra.

Además de su desgracia
Tuvo la madre altanera
Que oír las reconvenções
De sus dos hijas y verlas
Para no perder del todo
Su acostumbrada opulencia
Seguir el mismo camino
De sus muebles y sus prendas.

En cambio Juana y su hijo
En su posición modesta,
Aunque habiendo sido objeto
De las burlas y la bafa

De su vecina, gozaban
De una ventura completa
Y ni acreedores tenia
Ni abrigaba mas ideas
Que la de vivir honrada
Sin manchas en la conciencia.

Así pues, las dos vecinas
Que desde la edad primera
Fueron amigas, teniendo
Opiniones tan diversas,
Se separaron entonces,
Sin honra doña Josefa
Despreciada por sus hijas
Gracias á su mala escuela,
Y Juana pobre, muy pobre,
Mas sin salir de su esfera
Bendecida y estimada,
La mas feliz de la tierra;
Porque como el refrán dice
La pobreza no es vileza.

JULIO NOMBELA.

EL COMPROMISO DE CASPE.

I.

Dividida España á principios del siglo XV en varios reinos, era el de Aragon uno de los mas poderosos y florecientes. Ceñia su corona el bondadoso don Martin, apellidado *el Humano*, por la dichosa y duradera paz que supo mantener en sus dominios, sucesor pío y justo del conde soberano de Barcelona don Ramon Berenguer IV y de su esposa la reina doña Petronila. Compartía aquel monarca el peso del gobierno con su esclarecida consorte la reina doña María, condesa de Luna; y asentado ya en el trono de Sicilia su hijo don Martin, príncipe heredero, hacia presagiar con sus claras dotes políticas y militares que tendria en él sucesor dignísimo la corona aragonesa. Tan próspera y tranquila era la situación de los Estados y casa del rey don Martin *el Humano*, en los primeros años del siglo XV.

No era, ni con mucho, tan halagüeña la situación política de Castilla. Acababa de atravesar este reino una minoridad tan borrascosa, como lo fue la de don Enrique *el Doliente*; y cuando, apenas ceñida la diadema, comenzaba á regir con tesón y cordura á sus vasallos, los alborotos de los nobles, la guerra de Portugal y las hostilidades de los moros, que en 1404 rompieron las treguas puestas entre ambos reinos, frustraron las esperanzas de paz legítimamente concebidas por los castellanos. Para colmo de desgracia, en 25 de diciembre de 1407 moría don Enrique á la edad de veinte y siete años, sumiendo en amargo desconsuelo á la nación entera, amenazada de otra fatal minoridad, cuyos males fueron, no obstante, conjurados por la lealtad y firmeza del infante don Fernando, y por la ternura y maternales desvelos de la reina viuda, encargados ambos de la regencia. Dióse entonces al mundo aquel ejemplo de virtud y desinterés, que seguramente no ha tenido muchos imitadores. Ofrecida la corona por los grandes, discolos ó ambiciosos, al mismo don Fernando, reusóla éste con singular entereza, y juró ser el primero en acatar al monarca niño, don Juan II...

El aspecto de los negocios políticos era también triste y amenazador, así en Portugal como en Navarra. Habían fallecido casi á un mismo tiempo los primogénitos de ambas monarquías, en quienes tenían los pueblos cifradas sus esperanzas: uno y otro Estado se veía envuelto con este motivo en los mayores conflictos, y por faltar la sucesión varonil de Navarra, pasaba al cabo la corona á sienes de las hembras.

Pero en donde mas trabajados se hallaban los pueblos á principios del siglo XV; en donde mayor fuerza lograban las intrigas cortesanas, la protervia de los descontentos y las crueles agitaciones de la política, era en el reino granadino, cuyo trono, ocupado por el inquieto y falaz Mohamad, vacilaba al encon-

(*) Naturales de Madagascar.

trado empuje de los odios que mantenían entre sí los sectarios del islamismo. Larga serie de correrías, escaramuzas, combates y cautiverios, de falaces emboscadas, de talas espantosas y de sangrientos, aunque gallardos desafíos, ponían de continuo en sobresalto á moros y cristianos; pues que, ora los castellanos, ora los granadinos, atravesando de improviso las fronteras, llevaban de una á otra parte, con rapidez maravillosa, la devastación y la muerte.

Gozaba, pues, el reino de Aragón de mayor sosiego que las demás monarquías de España en los primeros años del siglo XV; mas bien pronto el cuadro placentero que presentaba la casa real de Aragón cubríase de tristes y dolorosas tintas. Aquejado el país de mortífera peste; envuelta la Iglesia en lamentable cisma; faltó el rey don Martín de hijos, de esposa, de hermanos y descendientes legítimos; rodeada la corte de pretendientes ambiciosos, al par que poderosos é inconsiderados; escasas las satisfacciones, nulas las esperanzas, desplegábase á la vista un porvenir funesto para los Estados de aquella rica y dilatada corona.—Las enemistades y encarnizados bandos de los Urreas y Lunas en Aragón, y los no menos envejecidos rencores de los Soleres y Centelles en Valencia, dieron la triste señal de las discordias y desgracias, que, eslabonándose lastimosamente, iban á ensangrentar uno y otro suelo.

Al es, irar el año de 1406 arrebatada la muerte á doña María, esposa de don Martín, lamentable suceso que vino á hundir en profunda tristeza el ánimo de este monarca, afectado ya con la pérdida de su nieto, hijo único legítimo de don Martín de Sicilia, de quien pendía la esperanza de la sucesión masculina en el trono de los Ramiro y Berengueres.

Encendida en Cerdeña mientras tanto la guerra civil entre porfiadas y aguerridas parcialidades, repugnaba el rey de Aragón esponer en ella la vida de su hijo, que pretendía sofocarla con helicosa mano; mas fueron tan vivas y reiteradas las instancias del valeroso joven, que al cabo se vió el padre forzado á llamar cortes para Barcelona, deseoso de atender á su demanda, convocando allí los ilustres guerreros de Cataluña, con numerosos y bien armados bajeles á las órdenes de Pedro de Torrelles. Acudieron también las principales villas y ciudades con no escaso golpe de soldados para aquella empresa, señalándose Barcelona con el donativo de seis naves mantenidas y tripuladas á su costa, y un numeroso y lucido tercio de ciudadanos, cuya conducta tenía Juan Desvall, conceller tercero. Dióse á la vela la armada el día 19 de mayo de 1409; y tan rápidas fueron sus victorias, que cayendo prisionero en un reencuentro Brancaléon Doria, cabeza de los rebeldes, pudo augurarse desde luego la terminación de la guerra. Quedaba sosteniéndola todavía el vizconde de Narbona al frente de 20,000 hombres entre sardos, genoveses y franceses; pero por mas respetables que fuesen estas fuerzas no intimidaron al rey de Sicilia, quien adelantándose con solos 12,000 guerreros para imitar las hazañas de los monarcas sus predecesores, según escribió á su padre, el de Aragón, presentándosele delante á marchas forzadas, trabándose reñida batalla, en que derrotados y deshechos los enemigos, buscaron su salvación en la fuga, dejando en el campo 5,000 cadáveres, el estandarte, gran número de heridos y prisioneros, y no pocos pertrechos de guerra. Esta importante victoria, si bien costó la vida al bizarro conceller Juan Desvall y á unos pocos soldados de las huestes reales, fue celebrada con gran pompa y no menor alegría, pues aseguraba la paz de Sicilia y de Cerdeña, en que igualmente estaban interesados ambos reyes, padre é hijo. Recibió don Martín de Aragón tan plausible noticia el domingo 14 de julio del propio año 1409, hallándose en la quinta de Bellesguart, inmediata á Barcelona, deduciéndose la entrañable alegría del tierno padre por tan señalado suceso, de las espe-

siones con que lo comunicó á su privado y capitán Mossen Pedro Torrelles, así como de las acciones de gracias que tributó públicamente al Todopoderoso en los templos de la capital del principado. «Pero aun humeaban los incienso en las bóvedas de la iglesia catedral de Santa Cruz y Santa Eulalia, en que se celebraron (dice un cronista moderno), cuando llegó á Barcelona la dolorosa é infausta nueva del fallecimiento del idolatrado príncipe don Martín, currido en el castillo de Caller en Cerdeña, el día 25 del mismo mes de julio, en que se dió aquella batalla, despues de haber otorgado su testamento, nombrando heredero á su padre, recomendándole sus dos hijos naturales don Federico y doña Violante, y eligiendo vicario ó lugarteniente general del reino de Sicilia á su esposa doña Blanca.» El desconsuelo que cundió por todos los reinos de la corona de Aragón, al divulgarse tan triste noticia, no puede describirse, según se lee en los dietarios antiguos, y como afirman los historiadores aragoneses. A tal extremo llegaron las demostraciones de dolor, que hombres, mujeres y niños lloraban amargamente y se lamentaban por calles y plazas, lo mismo en Barcelona que en los demás pueblos de Cataluña, Aragón, Valencia y Mallorca. «Llegó esto á tanto grado de sentimiento y tristeza (dice Zurita), que los catalanes hacían su duelo de manera, que publicaban que aquel día se perdió toda su honra y estimación, y la prosperidad de su nación, que había alcanzado en los tiempos antiguos entre todas las gentes.» Y añade Abarca: «En especial los catalanes, entre públicos é implacables suspiros, voceaban que aquel día se había perdido toda la honra y gloria que por tantos siglos, entre todas las gentes había ganado su nación.» Mas nada igualó la amargura del rey, al recibir la dolorosa nueva de la pérdida de un hijo, único y sobremanera amado, si bien procuró templarla con cristiana resignación, dando oídos á las consoladoras palabras de los concellers de Barcelona, y del virtuoso apóstol valenciano el maestro fray Vicente Ferrer, quien le representó santamente la falta que haría á sus pueblos, si dando libre rienda al dolor sucumbía, dejándolos en una orfandad dinástica de fatales consecuencias.

No tardaron en darse á conocer los peligros que preveía el santo religioso, insinuándose desde luego por medio de gestiones tan prematuras como ambiciosas, puestas en planta por algunos personajes, que se creían con derecho á la sucesión de la corona. Eran nada menos que seis los que la pretendían:—Don Alfonso, duque de Gandía y conde de Ribagorza y Denia, descendiente por línea masculina de la casa de Aragón, hijo de don Pedro, conde de Ampurias y Ribagorza, que lo fue de don Jaime II, y hermano de Alfonso III:—Don Jaime, conde de Urgel, biznieto por línea masculina de don Alfonso III de Aragón, casado con la infanta doña Isabel, hermana del mismo don Martín el Humano:—Don Fernando de Antequera, hijo segundo de doña Leonor de Castilla, que lo fue de don Pedro III de Aragón y hermana de don Martín:—Don Luis, duque de Calabria, hijo de doña Violante, que lo era de don Juan I de Aragón y esposa del duque de Anjou, pariente por lo mismo de los últimos reyes de Aragón, por línea femenina:—Don Juan, conde de Prades, hijo segundo de don Pedro, conde de Ampurias y Ribagorza, nieto de Jaime II de Aragón:—Don Fadrique, hijo natural de Sicilia, nieto de don Martín el Humano, quien deseaba elevarle, como veremos, á la dignidad real, posponiendo acaso mejores títulos.

Mas no debían perderse tan de pronto las esperanzas de lograr sucesión del mismo soberano aragonés, sobre cuya corona habían fijado ya sus ambiciosas miradas tan elevados personajes, deudos de su real casa. Contaba don Martín poco mas de los cincuenta años; y si bien de salud achacosa, creían algunos prohombres de Cataluña serle todavía dable pasar á segundas nupcias, conservando de esta

manera la estirpe varonil del esforzado conde don Wifredo el Velloso. Pero «el rey no era tan ignorante que no conociera su impotencia (dice Monfar en su *Historia de los condes de Urgel*); y estaba tan pesado, que del todo era inútil para el matrimonio, y probaba ver cómo tomarían que sucediese don Fadrique su nieto, hijo natural del rey de Sicilia, habido en una doncella llamada Tharsia, que tenía mas de siete años, y le estimaba como si fuera hijo; y solía decir el rey, que era mas apto su nieto para la sucesión y gobierno de la corona, que no los hijos que esperaban que él tendría, que ni aun eran nacidos ni conocidos, ni había esperanza cierta que hubieran de nacer.» Instigado, no obstante, por las cortes que se hallaban congregadas en Barcelona, condescendió el desdichado don Martín en casarse, eligiendo para este fin á doña Margarita, hija del conde de Prades y de doña Juana de Cabrera, educada por la difunta reina doña María de Luna. Fueron celebradas estas bodas el día 17 de setiembre de 1409 en la real capilla de la casa de campo de Bellesguart, con dispensa y bendición del papa Benedicto XIII, sostenido á la sazón por el monarca aragonés, á pesar de hallarse depuesto por el concilio de Pisa y abandonado de todos los demás príncipes cristianos. No por esto se acallaron las importunaciones de los aspirantes al trono, ni se logró tampoco el efecto deseado, á pesar de la condescendencia del bondadoso rey: antes por el contrario los síntomas de descontento y de alarma pública crecieron, hasta el punto de verse insultado el mismo don Martín por sus deudos en su propio palacio; motivos todos que obligaron á las cortes en sesión del 15 de abril de 1410 á suplicar al monarca tuviese en cuenta situación tan crítica, tomase consejo de sus reinos sobre el grave negocio de la sucesión, y acallase la ansiedad general con alguna providencia preservativa. «Notorio es y manifiesto á todos (contestóse de parte del monarca á esta instancia), como sin súplica alguna, movido únicamente por su propia voluntad á considerar y remediar para bien de sus súbditos la situación siniestra, ha escrito dicho rey á la mayor parte de sus reinos y pueblos que le envíen embajadores solemnes y científicos para aconsejarle saludablemente, no porque creyese estar obligado á ello, sino porque quería llevar el negocio á buen término, como lo había comenzado.» Tan laudable propósito no llegó, sin embargo, á realizarse, bien fuese por no acudir al llamamiento los vasallos, bien porque el mismo don Martín deseara esquivar todo fallo en asunto en que el cariño de abuelo le doblaba al lado del niño don Fadrique.

(Se continuará.)

LOS RETRATOS DEL EMPERADOR CARLOS V.

Pocos reyes y personajes antiguos serán mas conocidos por sus retratos que el emperador Carlos V, porque á pocos personajes se ha dado mas igualdad de fisonomía que al vencedor de Francisco de Francia. Ora fuese retratado joven, ora viejo, ora de corte, ora de guerra, ya con barba, ya casi sin ella, bien por éste, bien por aquel pintor, siempre es Carlos V. Y no sucede, por ejemplo, lo mismo con el retrato de doña Isabel la Católica. Tres ó cuatro se conocen ó se suponen representan las facciones de aquella reina, ¿pero cuál es el verdadero? Carlos V fue mas afortunado y hoy le conocen todos, siendo uno de sus mas celebrados retratos el de cuerpo entero, apoyado sobre el perro. Hé aquí al monarca mas poderoso de su tiempo, terror de los infieles, dueño de la mayor parte del mundo, acariciando al perro.

LOS SELLOS ANTIGUOS.

El uso de los sellos es de la mas remota antigüedad, y se habla de ellos en la Escritura. Darío hizo poner su sello en el templo de Belo. Los de los reyes de Egipto estaban grabados



El público al terminar la comedia silba al año. ¡Intrigas! Ya vendrá otro que ha de hacer bueno al silbado.



Hay quien afirma que todo es nuevo en el Nuevo Mundo, pero á mi ni aquí ni allá me parece esto seguro.

ALMANAQUE LITERARIO DEL MUSEO UNIVERSAL. PARA EL AÑO BISIESTO DE 1864.

Escrito por Breton de los Herreros, Monlau, Ruiz Aguilera, Navarrete, Alarcon, Palacio, Ribot y Fontseré, Fernandez Cuesta, Fernandez y Gozalez, Carlos Rubio, Castellano, Albuérne, García y Santisteban, Bekquer, La Rada y Delgado, Gonzalez de Tejada, Rivera, Muñoz, Martinez Pedrosa, Castillo y Alba, Molina, Picatoste, Bustillo, Puente y Brañas, Thos y Codina, Blasco, Sainz Pardo, Villar, Valcárcel, Chico de Guzman, Vidal, Palau, etc., etc.

Véndese á 4 reales en Madrid y 5 en provincias. El que remita 5 reales en sellos á los editores lo recibirá franco de porte.

sobre cornalinas. Despues, como garantía oficial de los documentos públicos, se colgó de ellos un sello de plomo ó de cera, y tambien se estampaba en los mismos, con las armas reales y las efigies de los monarcas que los estendian. Una variada coleccion de sellos, ya originales, ya en facsímiles, de los reyes antiguos de España, posee uno de nuestros eruditos académicos de la Historia, el señor don Tomás Muñoz, y es de sentir no se publique de todos ellos una coleccion, que seria muy útil para la paleografía, las bellas artes, etc. El sello que publicamos hoy fue usado por la reina doña Isabel la Católica.

EN UN ALBUN.

Niña; si tan sólo vienes por mi firma, aquí no irá, que ha sido mi firma ya testigo de tus desdenes. No es que te guarde rencor ni que me queje altanero, pues siempre el amor primero es referible á otro amor;

mas si su blando deleite quieres tranquila gozar, huye siempre de habitar donde haya un farol de aceite, pues para una pasión fiera que grita incansante, *quiero*, vale mucho un farolero, y mas aun su escalera. Mi amor por ella ascendido á tus noticias llegó así es que sin él, yo te fuera desconocido y sin que diga por esto que suelo farolear, pues tal método de amar se me figura algo espuesto; para subir hasta el sol muy natural me parece que en primer grado se empieza por subir hasta un farol. Sé pues de mi ascenso juez y no me llares falaz, que por contemplar tu faz me subiria otra vez.

MANUEL VALCÁRCEL.

EL LLANTO DEL SOLTERO.

SONETO.

Sin tí... ¡cuán negra y angustiosa y larga pasé la noche toda, amada mía! sin tí me encuentra el implacable día, sin tí y en honda soledad amarga.

Ya el sueño que mis párpados embarga, sin tí mis pasos hacia el lecho guía; y pues no estás en él, en él querría dejar por siempre del vivir la carga.

Pero ¿quién eres tú? ¿Luz postrimera eres del bien perdido, ó vaga sombra de un nuevo bien que al porvenir demando?

No sé, no sé quién eres.—«Compañera» te llama el corazón cuando te nombra, y las noches sin tí paso llorando.

P. A. DE ALARCON.

Por todo lo no firmado J. GASPAS
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.
PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.